

pasan el Rhin, socorren á los suecos sitiados en el castillo de Heidelberg, y hacen retirar de la ciudad á los imperiales. En cambio estos por medio de un ingenioso ardid de guerra se apoderan de Philipsbourg que ocupaban los franceses, degüellan una parte de la guarnición, y la otra, hecha prisionera y destinada á varias ciudades, perece casi toda de miseria. Así se mantenía viva la guerra de Alemania.

El plan de Richelieu, fijo siempre su pensamiento en los medios de abatir el poder del emperador y del rey de España, era hacerles á un tiempo la guerra en Italia, en el país de los Grisones, en Lorena, en Alemania y en los Países Bajos, porque en todas partes contaba con partidarios, y fiaba mucho de la amistad de Suecia y de los príncipes protestantes de Alemania. Una nueva liga entre Francia y la república holandesa, que se firmó en París (febrero, 1635), determinaba las fuerzas que había de poner en pié cada uno de los Estados contratantes para el caso de una guerra entre España y Francia, haciendo ventajosas condiciones á las provincias flamencas que quisieran incorporarse á la liga para recobrar su libertad. Y al mismo tiempo un embajador extraordinario era enviado por el ministro francés, previa consulta con el nuncio Mazarino, á proponer á los príncipes de Italia otra liga ofensiva y defensiva contra la casa de Austria. El infatigable ministro cardenal tomó activas disposiciones para poner en pié un ejército de ciento treinta mil infantes y veintidos mil caballos. Al amago de tan terrible tempestad el primer ministro de Felipe IV de España hizo también esfuerzos extraordinarios para levantar tropas, y en union con los ministros del imperio negociaba en todas las cortes para ver de traerlas á su partido, ó por lo menos apartarlas de la confederación con Francia, y que siquiera permaneciesen neutrales.

Pero las cortes de España y de Viena no pudieron evitar que la guerra continuara con furor en Alemania, ni que se encendiera de nuevo en los Países Bajos, de donde Richelieu se lisonjaba no tardaría en arrojar á los españoles; nombró el monarca francés los generales que habían de obrar en la Valtelina y en Italia, y por último, furioso Richelieu con la sorpresa de Tréveris que hicieron los españoles, á cuyo Elector llevaron prisionero á la ciudadela de Amberes, determinó declarar en toda forma la guerra á España, mandó reunirse en Mezieres el ejército que al mando de los mariscales Chatillon y De Brezé se había de juntar con el de la república de Holanda, y el cardenal infante de España, gobernador de Flandes, designó para mandar el ejército español al príncipe Tomás de Saboya (mayo, 1635). Dióse la sangrienta batalla de Avenne, en que quedaron derrotados los españoles, y reunidos luego los dos mariscales franceses con el príncipe de Orange en Maestrick, sin fuerzas el cardenal infante para poder resistirles, acometieron los confederados á Tirlémont, la entraron, degollaron, incendiaron, y permitieron á la brutal soldadesca cometer toda clase de abominaciones.

El rey Luis XIII de Francia publicó un manifiesto, é hicieronle circular sus generales por las provincias de los dominios españoles, en el cual declaraba los motivos que había tenido para tomar las armas; entre ellos señalaba la invasión de los españoles en la Valtelina, la infracción del tratado de Monzon, las empresas contra el duque de Saboya, la opresión del de Mantua, las intrigas de los embajadores de España para dividir la familia real francesa, el ultraje hecho al Elector de Tréveris, y otros varios. A este manifiesto respondió la corte de España con otro, en que se hacían severísimas inculpaciones al cardenal de Richelieu, y se atribuían á su ambición y á sus intrigas las desgracias de toda Europa. Volvíanse cargos por cargos, acriminábase la conducta del francés, pero las inectivas se dirigían principalmente contra su ministro Richelieu, dejándose ver en el encono que se mostraba contra el ministro cardenal ser obra del conde-duque de Olivares.

La guerra en los Países Bajos no fué favorable á los franceses y holandeses, á pesar de las muchas fuerzas que entre unos y otros reunían, mereed á la prudencia y al tino con que supo conducirse el cardenal infante don Fernando. Tampoco les era próspera en Alemania, donde además de haberse apartado de la liga algunos príncipes protestantes, como el

duque de Sajonia, se vió el general francés obligado, por falta de alimento para sus tropas, á reparar el Rhin, perseguido por los imperiales, y á volverse á Francia, como ya lo había verificado desde Flandes el mariscal de Chatillon. Tampoco descansaban las armas en la Lorena, favoreciendo al duque Carlos los franceses, á su competidor los imperiales y españoles. Al mismo tiempo trabajaba activamente Richelieu por comprometer de nuevo á las potencias y príncipes italianos en una liga contra España y Austria, haciéndoles lisonjeras promesas; pero negáronse los unos y se le excusaron los otros, y solamente se le adhirió los duques de Saboya y de Parma; aquel con el objeto de indemnizarse de los gastos de la guerra de Génova y de cobrar la suma que le debían los franceses por la cesión de la plaza de Pignerol; este por quejas que tenía de la dureza con que le trataba el español duque de Feria, gobernador de Milan. Cuando el de Milan vió la declaración de guerra que el de Parma hacía á la nación española, exclamó en tono burlesco y sarcástico: *El rey de Parma declara la guerra al duque de España*. De los príncipes alemanes, á quienes con el propio objeto y con iguales promesas intentó ganar Richelieu, solo logró atraer al duque de Weymar, á condicion de mantener contra el emperador doce mil hombres de infantería alemana y seis mil caballos.

Franceses, italianos, alemanes y españoles peleaban en el Milanesado y la Valtelina, con éxito vario, y tomándose y quitándose mutuamente plazas. Pasóse así todo el resto del año 1635, siendo el mas notable resultado de esta campaña que los franceses quedaran apoderados de la Valtelina, despues de haber derrotado en sangriento combate á los españoles encerrados en Morbegno y mandados por el conde de Cerbellon (9 de noviembre, 1635).

No satisfecho con esta victoria el infatigable y orgulloso Richelieu, el mas importuno y tenaz enemigo de la casa de Austria, inspiró al rey Luis un nuevo plan general de guerra, que abarcaba, á excepcion de Flandes en que determinó estar solo á la defensiva, los Estados de la Alemania, de la Alsacia, de Milan, de Parma, de la Valtelina, del Franco-Condado, y hasta de las islas de Lerins; de que en 1635 se había apoderado una flota española. Hizose en efecto la guerra en todos estos países á un tiempo (1636). Pero si bien las armas francesas consiguieron algunos triunfos en Italia, y hubiérase visto en peligro el Milanesado, cuyo gobierno se acababa de dar al marqués de Leganés, si le hubiera ayudado con mas decision el duque de Saboya, en cuyos intereses no entraba que dominaran los franceses aquel país, en cambio los imperiales y españoles penetraron en la Picardia, tomaron importantes plazas y ciudades, é hicieron tales progresos que pusieron en inquietud y alarma la capital misma del reino francés. Aun en Italia recogieron los españoles algunos laureles, y no fué escasa la gloria que cupo á don Martin de Aragon por la habilidad y el talento con que triunfó en la famosa batalla del Tesino (junio, 1636) contra mucho mayor número de franceses.

Tal era la consternación en París, que todos se prestaron y obedecieron sin replicar á una de aquellas providencias que solo se toman cuando amenaza un peligro inminente al Estado. Para salvar la ciudad, é impedir que los imperiales y españoles pasaran el Oise, dispuso formar arrebatadamente un ejército, alistando á todos los que fueran capaces de tomar las armas, sin distincion de clases, estados ni condiciones: los nobles, los retirados y otros que no tenían empleo habían de presentarse al mariscal de La Force en el término de veinticuatro horas; los exentos de contribuciones habían de concurrir montados y armados; los artesanos y mercaderes contribuirían para los gastos de la guerra, y se mandó retirar las barcas del Oise y fortificar los puentes. Para formar un cuerpo de caballería discurrió y ordenó Richelieu que se tomara un caballo de cada tiro de coche, y que los lacayos y cocheros se hicieran soldados. Por fortuna para la poblacion de París, en el consejo de los generales de España y del imperio prevaleció el dictámen de no atacar la ciudad, por el peligro que había en acometer una poblacion grande cuyas fuerzas se ignoraban, dejando todavía á la espalda plazas enemigas. Entretuvieronse en tomar algunos otros fuertes y en correr

el país. Con esto dieron tiempo á Richelieu, que se hallaba tan indignado como temeroso, para que hiciera salir de la inacción al príncipe de Orange, jefe de las tropas holandesas, y para que él mismo juntara un ejército de treinta y cinco mil hombres, que al mando del duque de Orleans salió á contener los españoles (agosto, 1636).

Retiráronse estos de las cercanías del Oise y de la Somme, dejando una guarnicion de poco mas de tres mil hombres en Corbie. Estos valerosos españoles estuvieron por espacio de tres meses bloqueados y sitiados por cuarenta mil franceses, animados con la presencia del mismo rey. La peste diezmo el ejército sitiador, pero muertos tambien ó enfermos muchos de los sitiados, abierta una ancha brecha en la plaza, sin municiones y sin esperanza de socorro, aquellos valientes hicieron una honrosísima capitulacion, y salieron con sus armas y bagajes, banderas desplegadas y tambor batiente, teniendo los vencedores que suministrarles carros para conducir sus enfermos, sus heridos y sus bagajes (14 de noviembre, 1636).

En Alemania la lucha del emperador y de los españoles contra los suecos y los protestantes del imperio germánico había seguido sin ninguno de aquellos grandes hechos de armas que merecen especial mencion, y sin que los rebeldes lograran reponerse de sus derrotas anteriores. Pudo por tanto el emperador Fernando convocar la Dieta en Ratisbona para investir á su hijo mayor de la dignidad de rey de romanos. Los electores estuvieron de acuerdo en este punto, y en su virtud la Dieta reconoció como rey de romanos (2 de diciembre, 1636) á Fernando Ernesto, rey de Hungría, primogénito del emperador, que á poco tiempo sucedió en el imperio á su padre con el nombre de Fernando III (1).

Por lo que hace á los Estados de Flandes, regidos por la infanta de España Isabel Clara Eugenia desde la muerte del archiduque Alberto su esposo, ya indicamos cuán en peligro había dejado aquellos países la marcha del marqués Ambrosio de Espinola destinado á la guerra de la Valtelina (1629). El conde de Berg, sucesor de Espinola en el mando del ejército, dejó perder ignominiosamente algunas plazas en los Países Bajos. Mas no fué esto lo peor; sino que habiendo la archiduquesa gobernadora, cansada de tantas revoluciones y deseosa de vivir en paz, hecho cesion de aquellos Estados en favor del rey de España su sobrino, al cual de todos modos habían de volver en su dia con arreglo á la cláusula de transmision de Felipe II no teniendo sucesion la infanta, el mismo conde de Berg entró en una conjuracion de flamencos para sacudir el dominio de España (1632), y estuvo ya á punto de perderse todo. Pues aunque se reemplazó al conde de Berg con el marqués de Santa Cruz, que al efecto fué llamado de Italia, y aunque acudió de Alemania en socorro de la infanta gobernadora el conde de Oppenheim con veinte mil hombres, este general fué torpemente vencido por el príncipe de Orange delante de Maestrick; perdióse esta importante plaza, y tras ella otras, teniendo que volverse el de Oppenheim á Alemania, y habiendo necesidad de relevar al de Santa Cruz, que mas dado á los placeres que á las cosas de la guerra, había sido simple espectador de la derrota de los auxiliares alemanes.

Cometiése entonces el extraño desacierto de encomendar las fuerzas á cuatro generales, que alternaban en el mando de ellas semanalmente. Compréndese desde luego el embar-

(1) Luden, Historia del pueblo Aleman, reinado de Fernando II.—Botta, Storia d'Italia.—Nani, Historia de la República de Venecia.—Le Clerc, Vida del cardenal de Richelieu.—Id. Historia de las Provincias Unidas de los Países Bajos.—Soto y Aguilar, Epítome del reinado de Felipe IV, ad. ann.—Sismondi, Historia de los franceses.—Schiller, Guerra de los Treinta años.—Malvezzi, Historia de los principales sucesos, etc.—Memorias de Richelieu.—Girardot de Noseroy, Historia de los diez años del Franco-Condado, de 1632 á 1642.—Francia engañada, Francia respondida, por Gerardo Hispano Caller.—Sucesos de los armas de España y del Imperio en Francia por Alonso Perez.—Biblioteca de Salazar, MS. J. 55, n. 38.—Discurso del conde de la Roca, embajador de España en Venecia, á aquella república. Venecia 13 de noviembre, 1632. Primer papel dado por el conde de la Roca al senado veneto sobre la invasión de la Valtelina. Tomo de papeles varios de este reinado.—Relacion del rey de Francia sobre el rompimiento de la guerra contra el rey de España; 1635. Ibid.

zo que semejante medida produciría. Todo era descalabros y pérdidas en aquel tiempo. Una escuadra de noventa velas que á costa de sacrificios se armó y envió entre Holanda y Zelanda fué enteramente destrozada por los holandeses con toda la gente que iba en la tripulacion, apresadas las mas de las naves y echado el resto de ellas á pique. Estos fueron los desgraciados momentos que con su acostumbrada falta de tino escogió la corte de España para proponer tratos de paz á los holandeses, tratos que, como apuntamos mas arriba, frustró y deshizo con sus intrigas el constante enemigo de España cardenal de Richelieu, apoderándose entre tanto el príncipe de Orange de la fuerte plaza de Rhinberg. Murió á poco de esto la prudente y virtuosa gobernadora de los Países Bajos, la archiduquesa é infanta de España Isabel Clara Eugenia (1633), uniendo provisionalmente el gobierno del país y el mando de las armas el marqués de Aytona, el cual entró en negociaciones con el príncipe Gaston de Orleans y con la reina María de Médicis, que se habían acogido á Flandes huyendo de la enemiga y de la persecucion de Richelieu; negociaciones que no produjeron sino nuevos compromisos, porque el de Orleans, uno de los hombres mas pérfidos de su siglo, estaba manteniendo al mismo tiempo tratos con el general español y la corte de Madrid y con el ministro francés.

Haciase necesario y urgente, si no habían de acabar de perderse los Países Bajos, enviar allá un hombre de calidad, de representacion y de prestigio, que enderezara las cosas de la guerra y del gobierno, y todas las miradas se fijaron en el infante don Fernando, hermano menor del rey, cardenal y arzobispo de Toledo desde muy niño, virey que había sido algun tiempo en Cataluña y despues en Italia, en cuyos cargos había dado pruebas de habilidad, prudencia y otras excelentes prendas y calidades de gobierno. Entraba tambien en el interés del receloso conde-duque de Olivares, como ya en otra parte indicamos, apartar del lado del rey y tener lejos á su hermano el cardenal infante, único que le quedaba, habiendo fallecido de temprana muerte don Carlos. Por otra parte el ánimo levantado y el genio belicoso del joven cardenal le inclinaban mas á los negocios de la guerra y de la política que á las pacíficas ocupaciones de la Iglesia, á que sin voluntad propia le habían destinado. Con que así se hizo el nombramiento á gusto de todos (1634), contribuyendo los celos mismos del conde-duque á que el príncipe, para quien había pensado en la tiara, resultara haber nacido para ser un consumado general y un político y gobernador hábil. Nombrado pues el cardenal infante gobernador y capitán general de los Países Bajos, juntó en Italia un regular ejército, formado de lo que podremos llamar el resto de aquellos antiguos tercios españoles que tanto asombraron á Europa y tanta gloria dieron á España, con el cual y con generales escogidos se puso en marcha tomando el camino de Flandes.

Entonces fué cuando á la mitad de su camino fué llamado por el rey de Hungría para que acudiese á Alemania en ayuda de los imperiales que sitiaban á Norlinga y se veían amenazados del ejército sueco. El infante español pasó despues á Bruselas orlado con los laureles de Norlinga, y allí tuvo que hacer frente á la liga ofensiva y defensiva entre franceses y holandeses que se firmó en París (1635), y cuyo principal fin era arrojar enteramente de los Países Bajos á los españoles. De aquí la declaración formal de guerra que mandó hacer por escrito Luis XIII de Francia al cardenal infante en Bruselas por medio de un heraldo, cuyo escrito arrojó el cardenal gobernador á la calle, haciendo despues fijar una copia de él en una viga á cien pasos de la puerta de una iglesia. De la guerra que á consecuencia de esta declaración sostuvo el gobernador español de Flandes, ayudado del príncipe Tomás de Saboya, contra la Francia, llevándola al corazon del reino francés hasta amenazar y poner en consternacion, cuando no en inmediato peligro, á París (1636), hemos dado cuenta mas arriba, tan sumariamente como la necesidad de narrar otros importantes acontecimientos nos lo permite.

En este período, lo mismo que en el que comprendimos en el anterior capítulo, no cesaban de molestar numerosas naves holandesas las costas de nuestros dominios en Asia y en Africa, y muy especialmente en las posesiones portuguesas

sujetas á la corona de Castilla, ya asaltándolas y estragándolas aquellos mercaderes republicanos por sí mismos, ya excitando á los reyes bárbaros tributarios de España á que sacudiesen el yugo de nuestra dominación, llegando á veces á arrojarlos sobre los católicos y degollarlos con ruda ferocidad. Los portugueses de Ceilan tuvieron que sufrir un penosísimo y horroroso sitio para librarse de los habitantes de la isla alzados contra ellos por instigación de aquella gente, y hubieran sucumbido á los horrores del hambre, que los obligaba ya á alimentarse de carne humana, si el virey de Goa no hubiera enviado en su socorro al valeroso capitán Jorge de Almeida, que hizo tremolar de nuevo el estandarte español en los pueblos de la isla. De este modo, y ejerciendo la piratería contra las flotas españolas y portuguesas que venían con el dinero de la India, era como los holandeses hostilizaron á España en los mares, durante las guerras de Italia, de Alemania, de Francia y de los Países Bajos que acabamos de reseñar (1).

CAPÍTULO IV

INTERIOR

Administración: política: costumbres

DE 1626 Á 1638

Falta de comercio y de industria, y sus causas.—Pragmática prohibiendo todo comercio con los países enemigos, y sus resultados.—Córtes de Madrid de 1632.—Servicio de millones.—Papel sellado.—Calamidades públicas: inundaciones, peste, incendios.—El de la Plaza Mayor de Madrid.—Distraiciones del rey, fomentadas por el conde-duque de Olivares.—Medios que empleaba este ministro para conservar su prianza.—Abuso de los Consejos.—Muchedumbre de Juntas.—Lujos y frecuencia de las fiestas públicas.—La Inquisición: autos de fe.—Célebre y ruidoso proceso de las monjas de San Plácido de Madrid.—Costumbres del rey y de la corte.—Galanteos y aventuras amorosas.—Gusto por los espectáculos de recreo.—Comedias.—Nacimiento de don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV.

Al ver los ejércitos y las armas españolas moverse y operar simultáneamente en Italia, en Alemania, en Francia, en los Países Bajos, en casi todas las naciones de Europa; al ver á España enviar continuamente refuerzos de hombres y socorros de dinero al emperador, resistir y combatir al monarca francés, al rey de Suecia, á los rebeldes italianos y holandeses, á los príncipes protestantes de Alemania, contrariar la política invasora del sagaz é infatigable Richelieu, y ser el alma de las guerras y de los tratados y transacciones entre todas las potencias europeas, cualquiera habria formado la mas aventajada idea del poder y de la prosperidad de este reino, y no habria juzgado menos favorablemente de la administración y gobierno del país, y de los que regían sus destinos y disponían de la fortuna de los ciudadanos. Léjos, muy léjos estaba sin embargo de ser tan lisonjera la situación interior de la monarquía.

Desde la expulsión de los moriscos por Felipe III se habia hecho sentir en el reino de un modo visible la falta de comercio y de industria; y no solo no hallamos en los primeros años del reinado de su hijo las medidas que eran de apetecer y la necesidad reclamaba para reanimar aquellos dos abatidos ramos de la riqueza pública, sino que los pueblos mismos, sin duda desesperando ya de hallar protección y amparo en los que manejaban las riendas del gobierno, dirigían representaciones á sus obispos y á sus curas sobre la miseria que por falta de fábricas los estaba aquejando (2): reclamación singu-

(1) Soto y Aguilar, Epítome, ad ann.—«Progresos y entrada de Su Alteza el señor infante cardenal en Picardía, y la retirada del ejército de Francia y sus coligados del estado de Milan, etc.» Papel impreso en 1636: tomo 27 de la Colección de Córtes y Fueros. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Quevedo: Linceo de Italia.—Calmet, Hist. eclesiástica y civil de Lorena.—Hugo, Hist. MS. del duque Carlos IV.

(2) «Discurso político, económico y moral, á los señores arzobispos, obispos y demás eclesiásticos, seculares y regulares, que los habitantes de sus obispados hacen, representándoles su ruina y pobreza, no teniendo en qué trabajar para ganar su sustento y el de sus familias habiéndose perdido las fábricas y maniobras del reino.» Biblioteca de Salazar, varios, tomo 61.

lar, que demuestra las ideas que en aquel tiempo dominaban, cuando se recurria al clero para el remedio de cosas tan ajenas de su cargo.

El conde-duque de Olivares, con la mejor intencion sin duda, hizo expedir al rey una pragmática prohibiendo absolutamente todo comercio con los países enemigos ó rebeldes, y mandando confiscar todos los frutos, mercaderías y artefactos que de ellos viniesen, incluso los navios, de cualquier procedencia que fueran. Y como estábamos en guerra con casi toda Europa, resultó que España quedó aislada mercantilmente de casi todas las naciones europeas. Primeramente se prohibió la introducción de todo artículo elaborado en los reinos y Estados dependientes del rey de Inglaterra y en las Provincias Unidas de Holanda (16 de mayo, 1628). Despues se extendió la prohibición á las mercaderías que vinieran de Francia y de los Estados rebeldes de Alemania (31 de agosto, 1630). Y por último se mandó que los artefactos y géneros procedentes de Flandes y de los Estados aliados ó amigos, además de las muchas formalidades que allá habian de observarse para certificar que habian sido fabricados allí y no en otra parte alguna, se sujetaran á la visita y escrupuloso reconocimiento de los veedores del contrabando, sin cuyo requisito y patente no se podrian meter tierra adentro, y se habian de dar por de comiso (23 de marzo, 1633), con cuyo objeto se estableció en 1632 un nuevo consulado (3). Designábase en estas reales cédulas nominal y minuciosamente todos y cada uno de los artículos cuya importación se prohibía, comprendiendo en ella no solo los objetos de lujo, sino las producciones y frutos alimenticios de toda especie, las telas y adornos de vestir, de lana, de seda, hilo, algodón ú otra cualquier materia, los del menaje de las casas, y en general los del uso comun de la vida, útiles, enseres é instrumentos de industria y de artes, fuesen de madera, hierro, cobre, estaño, acero, oro ó plata, y en una palabra, todo género de manufacturas y artefactos desde los mas humildes hasta los de mas ostentación y lujo (4).

(3) Hállanse estos documentos en la Colección de Córtes de don José Pérez Caballero, y en el Tratado de Contrabando de don Pedro Gonzalez de Salcedo.—Colección general de Córtes, leyes y fueros, MSS. de la Real Academia de la Hist., t. 27.

(4) Es curiosísimo y útil además para conocer los artículos y objetos de toda clase que en aquel tiempo se usaban en España para las diferentes necesidades de la vida, el siguiente catálogo de las mercaderías prohibidas. «Y para que se tenga entendido (dice el art. 4.º de la pragmática) los géneros de mercaderías que entran en esta prohibición, son las siguientes: Holandas en crudo y blancas, y enrollados de lino y todo género de lencería contrahecha á las que se labran en los Estados obedientes:—cambráis claros y batistas, que por otro nombre dicen olanes:—mantelerías de toda suerte y servilletas:—telillas de todos géneros:—motillas:—borlones:—felpas de hilo, algodón y listadas de seda, oro ó plata:—anascotes negros y blancos:—bayetas que se tiñen y aderezan á los Estados obedientes:—fileiles ó baratos de todos géneros y colores:—albornoces llanos de colores y otras suertes:—tapicerías de todas suertes, y cojines:—terciopelo de tripa, estadas y otras obras que contrahacen á los de Lila y Tournay:—telillas de monte de colores abigarradas:—presillas que se labran con hilo de estopa:—puntas y encajes de hilo ó seda:—costalufas de hilo, algodón, seda, oro y plata:—buracafes de hilo y lana:—cotonías:—mesolinas de todas suertes:—picotes de todo género:—cintas blancas de todas suertes y colores de hilo y estambre:—cintas clavadas que llaman escharascas, y todo género de agujetas:—tafetanes y terciopelados de todas suertes:—calzas de lana de todo género:—botones de hilo, seda y cerda de todas suertes:—bocacés y esterlines:—carpetas finas: sobremeses de Tournay:—cueros de ante y de vacas adovados:—chamelotes de todo género:—dubliones de todas suertes, estameñas y gamuzas de toda suerte:—hilo fino y aderezado blanco al uso de Portugal, y de otra cualquier suerte: hileras de todas calidades blancas:—hilo de coser de sastre, negro y de todos colores:—hilo de cartas:—pasamanos de hilo ó estambre, seda, cadarza ú otras, ó mezclado:—obras labradas de estambre ó hilo de lana, pasamanos bordados de seda, sobre raso y otras cosas:—rayaletes de todos géneros:—toquillas de sombreros de todas suertes y calidades:—ticas para colchones de pluma ó lana:—clavazon de talabartes y pretinas de todas suertes:—clavazon de todas suertes de fierro y metal y demás herramientas hechas de lo mismo:—corchetes de todas suertes:—cobre rojo labrado:—calderas en vasos de cobre amarillo y bacnicas contrahechas de los dichos Estados y Aquisgrana:—alfilereros de todas suertes:—cera reunida:—cera blanca:—hilo de hierro, acero, alambre de todo género:—hilo de conejo y de otros metales:—alfombras contrahechas á la de Turquía:—almohadillas:—enchillos de Boulduque:—cizalla:—

Vobis a capadeve. a acompañas
 le allonj. por no faltas al Rey
 que quise negociar lo a pasado de
 no dia de fiesta, pero baxa en
 sabiendo que ve. abemido, y se
 ve. me cierto que siempre me
 allan miu dijuego afebille con
 que me faborez capoto, deffando
 ave. vdefabifacion y acuenta
 menty, por su parte y servicio,
 que estimo y pongo siempre en el
 lugar que se le debe, y pineser
 moy paga que ver tal mi nifto
 nifto de al servicio de su M. y con
 aqueplo deffo acudir y en que pongo
 mi felicidad, con todo lo que ve
 deffa le deid, es mucha salud. bide
 del apofento, maye,
 Yellende des la cast.

Carta autógrafa del Conde Duque de Olivares, dirigida á D. Pedro de Toledo y Ossorio: (sin flia)
 Bibl. Nac.^l. Ce. 57-fol. 142.